

## CONCLUSION

El período actual de nuestra historia nos recuerda forzosamente otro período, también azaroso de la vida nacional. Como ahora, hubo que luchar contra la reacción, que por medio de un motín militar se apoderó del poder público. En aquella época, el pueblo resultó a la postre victorioso y la dictadura militar de Santa Ana primero, y de Miramón después, apoyadas ambas en un ejército flamante que parecía fuerte e incommovible, cayeron, si bien en su agonía estuvieron a punto de arrastrar con ellas la independencia de la Nación.

La dictadura de Santa Ana cayó al empuje de la revolución de Ayutla, que traía en su bandera principios que debieran al normalizar la vida política de la Nación, implantar una verdadera democracia. Entre ellos, y como esencial, la supresión de los fueros militar y eclesiástico, y con ella, la igualdad en la justicia para todos los habitantes del País.

La revolución de Ayutla, triunfante, y tras el breve interinato de don Juan Alvarez, en el que todos mandaron, menos el Presidente de la República, llevó a la Jefatura de la Nación, al General don Ignacio Comonfort, primer Presidente realmente electo bajo el sistema establecido en la Constitución de 1857.

Comonfort, sin duda alguna, era un buen hombre; pero vacilante y sin los tamaños necesarios para la obra

que tenía enfrente: con ilusiones que tuvo que desechar, y propósitos que no podía cumplir.

Como todo hombre débil, vaciló, y como todo hombre sin experiencia política, acabó por arrojarse en brazos de los que debían perderlo. Los hombres en quienes confió, lo traicionaron, y su caída fué espantosa. El motín militar de Tacubaya, llevó a la Presidencia de la República a Zuloaga, soldado obscuro, sin instrucción, y más débil y vacilante que Comonfort.

Miramón, que había sido el alma del cuartelazo de Tacubaya, a poco declaró que la voluntad nacional era que él ocupara la silla presidencial, y se apoderó de la Presidencia, implantando una nueva dictadura, tan mala, si no peor, que la que había derrumbado la revolución de Ayutla.

Juárez, que había sido electo Vicepresidente, al mismo tiempo que Comonfort para la Presidencia de la República, tomó la bandera que había dejado caer el Presidente Constitucional y llamó a la Nación para que le ayudara en aquella lucha que nuevamente empezaba contra la soldadesca pretoriana, cuyo único título para escalar el Poder había sido la traición, y cuyas únicas armas para sostenerse, eran las que la Nación le había confiado para velar por sus instituciones.

La guerra duró tres años, pero al fin, en Calpulalpam, quedó definida la supremacía del pueblo sobre la insubordinación del Ejército, y triunfó el derecho sobre la traición.

Si comparamos una época con la otra, vemos la gran semejanza que existe entre ambas. La dictadura del General Díaz cayó, como la de Santa Ana, al empuje de una revolución que llevaba en su bandera principios que



debían hacer de la República Mexicana una Nación verdaderamente democrática.

La revolución triunfante, puso al frente del Gobierno, después de las elecciones, a un hombre bueno, como Comonfort; pero como él iluso, poco experto, vacilante y rodeado de gente incompetente para llevar al cabo las reformas que ofrecía. Como Comonfort, encontró un terreno poco propicio, porque la labor de preparación y educación democrática, no existía. Ese hombre fué Madero.

Un motín netamente militar, tramado en Tacubaya, llevó en definitiva a la Presidencia a un soldado que como Miramón y Santa Ana, quiere imponer su autoridad por medio de la fuerza, creyendo que las bayonetas bastan para hacer la paz.

Aquella dictadura de Santa Ana, está gráficamente descrita por Guillermo Prieto, quien al referirse a ella dice: "Por supuesto, en esa corte los de la familia eran corredores de toda clase de negocios y convertían en lucro su sumisión y su lealtad al jefe.

Para apoyar tal situación se aumentó el Ejército, ingresaron a él los desechos de todos los partidos, postergando y humillando a los hombres de mérito.

Como era de esperarse, se aniquiló la libertad de la prensa, formaron parte de la política el espionaje, las delaciones y las intrigas de baja ley....

Como sucede siempre con este conjunto de indignidades y adulaciones, Santa Ana creía que todo lo podía y todo lo sabía. Síntoma de perdición de todos los gobernantes estúpidos." (1)

(1)—Lecciones de Historia Patria escritas para los alumnos del Colegio Militar, página 566.

Cualquiera que conozca la situación porque atraviesa en estos momentos México, (2) creería, al leer las palabras de Guillermo Prieto, dedicadas a Santa Ana, que fueron escritas para la actual dictadura del General Huerta. Es que todas las dictaduras son iguales en el fondo: todas llevan al Poder hombres generalmente brutales: unos más inteligentes que otros, y unos más fácilmente adaptables al nuevo medio. De éstos, los inteligentes, los que humanizan aunque sea en parte sus procedimientos pueden hacer tolerable su gobierno, como pasó con el General Díaz; y cuando son suficientemente hábiles para evolucionar a tiempo y plegarse a las exigencias de los pueblos, suelen hacerse amar y llegar a incrustarse de tal modo, que perduran, como sucedió a Bernardotte en Suecia, y como habría sucedido al General Díaz, si hubiera evolucionado políticamente como cambió socialmente.

Caído el Gobierno de Madero, el País se ha lanzado a una nueva revolución que forzosamente tiene que ser la última, bajo pena de perder nuestra independencia. La actual revolución puede justificarse porque el acto sin nombre ejecutado por los que ante la perspectiva de adueñarse del poder, ni midieron las consecuencias de su conducta, ni han tratado de hacérsela perdonar por sus actos posteriores son de aquellos que autorizan una revuelta.

La actual revolución, repito, en mi concepto, será la última, y es preciso que al resolverse, resolvamos nosotros nuestras diferencias de tal manera, que las naciones extranjeras, ante las instancias constantes de sus nacionales, no se vean precisadas a intervenir por medio de

(2)—Noviembre de 1913.



la fuerza en nuestros asuntos interiores, levantando ante el mundo la hostia santa de la humanidad.

La intervención extranjera será fatal para México, y costosísima, si no fatal, para la Nación que la intente; esto lo saben tan bien como nosotros, los gobiernos de ambos hemisferios. Pero la opinión pública pesa tanto en ciertos países, se impone de tal manera, que los gobiernos, en muchas ocasiones contra su propio sentir, se ven obligados a someterse a sus mandatos, algunas veces formulados de manera tan imperiosa, que no les permite ni siquiera vacilar.

No hay pues que fiar para estar tranquilos, ni en el criterio personal de tal o cual gobernante, ni en sus intenciones o personales deseos. Hay que ver la cuestión como es, medir el conflicto en toda su magnitud, y buscar la solución sin precipitaciones ni tardanzas que pueden ser nuestra muerte social.

El Gobierno del General Huerta no puede sostenerse; no cuenta con la opinión pública. Nació de una traición; vivió al calor del desorden más espantoso y morirá execrado por la Nación entera. Los que no son sus enemigos declarados, ocultan sus ideas por miedo, por conveniencia o porque les asusta el porvenir y creen que cerrando los ojos, el abismo desaparece. El General Huerta no cuenta en realidad para sostenerse, más que con las bayonetas y ya lo ha dicho un perito en la materia. Las bayonetas sirven para todo, menos para sentarse en ellas.

Pero el General Huerta, como Santa Ana, sólo dejará el Poder, cuando por la fuerza se le arroje de él. Intentará hacer lo que Santa Ana, dejar en la silla a un testafarro, para huír tranquilamente, espionando en el extranjero una nueva oportunidad, y cuando juzgue apa-

ciguados los ánimos, nuevamente querrá apoderarse del Poder. Abandonar definitivamente, por convicción, lo que por medio de la traición más negra que registra la historia, ha conquistado, no lo hará jamás el General Huerta.

La salvación del País, estriba, pues ¿en el triunfo de la revolución constitucionalista? A la vista, es la única esperanza. Huerta no caerá sino por la fuerza, y los constitucionalistas lo dominarán.

La revolución que tiene a su cabeza al señor Carranza, como todas las revoluciones, no ha podido escojer su gente, ha tenido que aceptar a todo el que se le ha presentado. No podemos culparla porque en ella figuren hombres que alguna vez han pecado, ni porque emplee cierta clase de procedimientos que no se avienen bien con las leyes de la guerra en el mundo civilizado. Es como toda revolución. Pero cerrando los ojos a una y otra cosa, preocupándonos únicamente como debemos hacerlo, en la necesidad de que caiga un régimen que sólo nos presenta en perspectiva la ruina para el País, nuestros ojos deben ver y nuestro pensamiento formular la terrible y angustiosa interrogación que está en la mente de todos los patriotas que piensan en el porvenir de México. ¿El Gobierno que al triunfo de la Revolución, suceda al del General Huerta, podrá establecerse bajo bases que permitan esperar su consolidación y ser un gobierno fuerte, digno y respetable? El radicalismo, que es hoy, en los prohombres del constitucionalismo especialmente en los que rodean al señor Carranza, la nota saliente de su programa, continuará imperando al llegar al Gobierno?

Si los hombres que han hecho la actual revolución, triunfan y llegan al poder, ¿podrán hacer la paz, que tan-



to ansía la Nación? ¿No irá a abrirse otro período de revolución, que ni el País puede soportar, ni las naciones extranjeras permitir?

Para impedirlo, he creído que debía relatar los hechos y llamar la atención de mis conciudadanos, haciéndoles ver el peligro que corremos; e indicar al mismo tiempo por qué motivo y cuáles han sido las causas que, en mi concepto, nos han colocado en la situación lamentable en que nos encontramos. Tal ha sido la idea esencial de esta obra, que en su conjunto, no es sino un relato de hechos y un estudio de los hombres que más han figurado en nuestra política en los últimos años, y para que ella llene el objeto que persigo, debo señalar a los responsables, deduciendo la responsabilidad que a cada uno atribuyo, en los hechos que he dejado narrados. Aquí como en toda mi obra, he procurado limpiarme, hasta donde eso es posible en la naturaleza humana, de toda pasión. Para ello, al escribir estas páginas, las últimas de mi libro; en las que quiero precisar las responsabilidades de todos los que hemos intervenido en los acontecimientos políticos para que en ningún tiempo se crea que rehuyo responsabilidades o me mueve un rencor o me alienta alguna ambición, hago a un lado toda clase de afectos y escribo como si jamás hubiera conocido a los hombres a quienes juzgo; como si jamás hubiera tenido liga alguna con ellos. Sólo así, con esta firme resolución, puede escribirse la historia contemporánea.

En primer lugar, yo juzgo responsable y lo señalo así ante el Tribunal de la Historia, a don Porfirio Díaz. No por lo que hizo como revolucionario, que, como lo he precisado en el Capítulo II de esta obra, sí tiene una gran responsabilidad; sino por lo que no hizo como Presidente de la República. El ha tenido autoridad como nadie

en el País. El ha podido, si en su alma de patriota no hubiera matado la ambición todo otro sentimiento, dejar el Poder oportunamente; dejarlo en manos jóvenes, robustas, con energías. Aconsejando al electo, protegiéndolo con su respeto, con el cariño que su conducta forzosamente le habría granjeado en toda la Nación. El ha podido, en el larguísimo tiempo que estuvo en el Poder, encaminar al pueblo hacia la verdadera democracia. El ha podido educar, y señalar al pueblo, a una docena de hombres que preparados convenientemente, con el conocimiento perfecto de los negocios públicos, habrían podido empuñar las riendas del Gobierno y conducir al País por la senda del orden hacia la verdadera libertad. Lejos de eso, pasó su vida oficial desconfiando de todo el mundo; azuzando a los que lo rodeaban para que unos a otros se hicieran pedazos. Engañó a todos y a todos pervirtió. Hasta la misma juventud fué profanada, llevándola a la adulación y al servilismo. Aprovechó los servicios de todos; pero para su personal provecho. Y los hombres que mejor le sirvieron, los que mejor podían servir a la Patria, los hostilizó de tal manera que, o murieron antes que él, o quedaron incapacitados para toda labor benéfica para el País. Su obra política efectiva, fué de destrucción, de aniquilamiento.

Fomentó el progreso material del País, es cierto, pero descuidó todo lo demás. No recordó que el progreso material de los pueblos, cuando no va unido a su educación política; cuando junto a las grandes obras materiales no se tiene cuidado de formar hombres que sepan conducir a los pueblos, y ciudadanos que se interesen en los asuntos políticos, es siempre predecesor de la ruina de las naciones.

Esparta y Atenas, tan fuertes, tan aparentemente



consolidadas; la una con su gran espíritu militar, la otra con sus laureles de arte y de poesía, desaparecieron del mundo de las naciones, el día en que concentraron sus actividades en el progreso material, y entregaron sus energías al espíritu comercial que las llevó hasta alquilar a los sátrapas que tiranizaban los pueblos vecinos a Grecia, aquellas falanges unguadas por la gloria en Platea y Marathon.

La misma suerte cupo al Imperio Persa del gran Ciro; al de los Faraones tan opulento bajo el cetro de Nectanebo y al de Macedonia, llevado a la cúspide del engrandecimiento por el genio de Alejandro el Grande.

El Imperio Romano, aquel imperio que dió vida a los hombres que todavía hoy viven la vida de la gloria, y están en la mente de los pensadores del mundo entero, también desapareció el día en que sus ciudadanos en vez de ir al Forum a discutir la salud del pueblo, iban a admirar las grandes obras materiales que debían perpetuar la gloria de los tiranos que les arrancaban una a una todas sus libertades.

Sólo la obra social perdura. Grecia vive, porque vivirán eternamente la poesía y el arte atenienses; Roma, porque sus instituciones y sus leyes son fuente eterna de inspiración para el jurista y el legislador.

Las obras materiales llenan una necesidad del momento, pero para la historia, al evocar el recuerdo de la época en que fueron construidas, sirven como anuncios para estimularnos al estudio de los hombres que las ordenaron y del esfuerzo de los que las hicieron. Así, los monumentos que dejó la conquista árabe en España, nos recuerdan que los yataganes de Tarik y Yousuf llegaron hasta que al traspasar los Pirineos, el hijo de Pepino detuvo la invasión. Nos hacen vivir una historia de sete-

cientos años de lágrimas y sufrimientos para los pueblos ibéricos, aunque junto a ellos figuren heroicidades y martirios. Setecientos años de lucha constante, de victorias y derrotas de ejércitos, de derrotas constantes para la libertad. Esos grandes monumentos, son la mayor parte de las veces, testimonio de dolores, más que de poder. Las grandes pirámides de Egipto, las hermosas ruinas que quedan en nuestra Patria de las civilizaciones indias, fueron altares que el dolor y la vergüenza, el destierro y la esclavitud, levantaron para que en los siglos perdurara la maldad del hombre y el goce que tienen los tiranos en el dolor del hermano vencido.

¿Qué provecho recibió la humanidad con las monumentales Termas de Caracalla, los jardines de Babilonia, los baños de Netzahualcoyotl, o las pirámides de Teotihuacán? Recordar que existieron grandes imperios que se derrumbaron, como el Gobierno del General Díaz. De él también, las obras materiales que dejó recordarán a las generaciones venideras, que hubo en México un hombre que tuvo gran poder; que reunió elementos inmensos; que contó, por muchos años, con la sumisión absoluta de todo un pueblo; y que él mismo vió morir su obra. Porque pudo hacer de su Patria una Nación, y su egoísmo sólo dejó, tras sí, la ruina y el dolor.

Pero no es el General Díaz el único culpable; quizá no habríamos presenciado los acontecimientos que nos horrorizan, nos avergüenzan y nos hacen estremecer, ante la perspectiva que presentan, para un futuro no remoto, si el movimiento reyista no hubiera sido netamente personal, que sólo sirvió para inquietar los ánimos. A la sombra del General Reyes, bajo su inmediata vigilancia, se formó ese sedimento de rebelión e indisciplina,



que ha sido el alma del asqueroso cuartelazo del 18 de Febrero de 1913.

La revolución maderista, creo haberlo comprobado en el curso de esta obra, encontró terreno propicio en la larguísima permanencia del General Díaz en el Poder, pero su fracaso fué causa eficiente de la labor de intriga a que se consagraron el General Reyes y los que lo rodearon durante diez años. Obra esencialmente demoleadora, porque llevaba por mira el desprestigio de elementos de valía, que no eran substituidos al mismo tiempo; y sobre todo, porque se hacía propaganda de la supremacía de la fuerza, como elemento de vida para la Nación.

El General Reyes nada creó; su obra socialmente, sólo dió vida a un espíritu de insubordinación, de vacilaciones y de deslealtades, que se refleja en toda su carrera política. Ni siquiera hizo algo serio en su favor, por más que a ello tendieran siempre sus esfuerzos. Si hubiera sido un espíritu recto, si no hubiera sido vacilante, sus energías pudieron servir para consolidar un Gobierno civil, o para detener al General Díaz en la pendiente que lo arrastraba y con él a toda la Nación. El General Reyes pudo haber aprovechado el sentimiento anti-porfirista que lentamente se iba formando en todo el País, y encabezar un movimiento democrático. El País lo habría seguido, porque hubo momentos en que el espíritu nacional tendió hacia él su mirada; y si él no vacila, la Nación se le entrega. Pero no era hombre para afrontar tales situaciones. Su obra, en vez de ser recta y decisiva, siempre fué tortuosa, fué obra de división y precursora de los acontecimientos que después se han sucedido. Yo lo juzgo y lo señalo ante la historia, como

uno de los principales responsables de la actual situación y después del General Díaz, como el más culpable.

Junto a él coloco a los militares que hicieron del Ejército un peldaño para sus ambiciones, haciendo retrogradar al País a la época pretoriana de su Alteza Serenísima, que tan desgraciada fué para la Nación. Esos hombres que corrompieron el Ejército, e hicieron de él, cuya misión es la defensa de la Patria y el sostenimiento de las instituciones, un instrumento para saciar sus personales apetitos, se llaman Victoriano Huerta, Félix Díaz, Aureliano Blanquete y Manuel María Mondragón. A ellos debe la Nación una de las épocas que más nos avergonzarán siempre.

También juzgo responsable al señor Madero, si no con tanta responsabilidad como los anteriores, si con una gran culpa. Asumió el papel de encausador de las diversas corrientes que a la sombra del reyismo, del partido democrático y de los anti-reeleccionistas, querían el cambio radical en los hombres y en los procedimientos que habían ayudado a la tiranía del General Díaz, y debió comprender que aquellos elementos tenían una tendencia claramente demoleadora que era preciso refrenar para que no se convirtiera en anarquía y medir sus fuerzas para saber si tenía los tamaños para la obra. No lo hizo, no supo rodearse de gente que lo ayudara en la gran misión que asumía y en la labor que tenía que desempeñar. Fué rectamente a un fracaso. Y ese fracaso, hay que puntualizarlo, no fué consecuencia de sus faltas en Ciudad Juárez, sino de sus errores como gobernante, de incalculables consecuencias para el País. Su martirio, sin embargo, hará que la historia lo perdone, teniendo en cuenta las excelsas virtudes que lo adornaban.

Los consejeros del General Díaz, los que a su lado



estuvieron tantos años, los que con él estaban en los momentos decisivos, tiene también una responsabilidad inmensa.

Entre ellos y en primera línea, señalo al licenciado don José Ives Limantour. El señor Limantour contó, durante muchos años, con la amistad, con el cariño del General Díaz y en los últimos instantes, con toda su confianza. Y fué precisamente en esos supremos instantes cuando su egoísmo y su incompetencia, se revelan al grado de que muchos lo juzgan como autor consciente de la caída del General Díaz. Los hechos no están todavía perfectamente depurados y yo no me atrevería a lanzarle en firme tan tremenda acusación; pero su incompetencia es tan ostensible en aquellos momentos, su concepción de la situación política tan absurda, sus procedimientos tan erróneos, que es difícil creer que un hombre de la alta intelectualidad que todos le reconocemos, haya podido obrar únicamente por error. El, tanto como el General Díaz, pudo salvar al País, y por despecho, por ambición o por torpeza, lo lanzó al abismo. Yo lo señalo como uno de los responsables, en un grado de responsabilidad igual al General don Bernardo Reyes.

Tras estos hombres deben figurar el Embajador Americano, Mr. Henry Lane Wilson, cuya labor simplemente destructiva, es inexplicable. Laboró contra el General Díaz, forzando la caída de aquel Gobierno, sin que después fuera menos hostil al del señor Madero, como lo ha confesado públicamente. (1) Y en la tragedia del 22 de Febrero, su participación, por omisión, es verdaderamente odiosa.

Con el Gobierno del General Huerta, al que ha hala-

(1)—Entrevista publicada en el "New York Times" el 11 de Enero de 1914.

gado y recomendado en su país como arma de partido, después de ser destituido del puesto de Embajador, por el Gobierno de Mr. Woodrow Wilson, fué impertinente, al grado de pedir, con su carácter de representante de un pueblo libre y altamente respetuoso para la libertad del pensamiento, la supresión del periódico "El País," y el encarcelamiento de todos sus redactores. (2)

También los señores Vázquez Gómez y el señor de la Barra, tienen, en mi concepto, gran responsabilidad en la situación por que atraviesa México. Los unos por sus intrigas y sus ambiciones, el otro por sus debilidades como gobernante. Al señor Lascurain es a quien menos culpable juzgo. A él tocó una situación que no pudo prever; le faltaron energías y previsión, ciertamente; pero hay que juzgar al hombre en los momentos en que tuvo que obrar, y ver, sobre todo, que es el único que se presenta sin ambiciones. Yo, si no lo absuelvo completamente, sí juzgo que su responsabilidad está casi al mismo nivel de todos nosotros lo mexicanos y especialmente de los que de alguna manera figuramos en la administración pública. Yo por mi parte, no rehuyo esa responsabilidad y presento mi confesión como atenuante a mi culpa y lenitivo a mi pena.

Todos nosotros, sí, que con nuestro silencio, contribuimos a la obra destructiva del General Díaz. Todos nosotros, que ciegos, creímos que podíamos hacer evolucionar y entrar en la práctica de la democracia a un hombre como el General Díaz. Todos nosotros, que ante el temor de la revuelta, cuyas consecuencias nos espantaban, preferimos someternos al poder omnímodo de un hombre y callar nuestras ansias de libertad, esperando

(2)—Carta del Embajador H. Lane Wilson al Presidente, General Huerta, fecha 11 de Junio de 1913.



que el tiempo hiciera lo contrario de lo que tenía que hacer. Nos sometimos y callamos sin calcular, que con nuestra sumisión y nuestro silencio, sólo posponíamos el conflicto. Nuestra conducta lo retardaba, no lo evitó.

Debimos haberlo previsto, porque la historia lo enseña. Después de Tiberio, vinieron Calígula y Nerón, y como consecuencia, la anarquía con sus naturales productos, las insurrecciones militares que llevaron al Poder a soldados incultos e incapaces, como Galba, Otón y Vitelio.

Ahí está el peligro, el más grande que se cierne sobre los pueblos al salir de un período revolucionario, y debemos evitarlo a toda costa. No siempre tienen las Naciones la fortuna de encontrar pronto un Flavio Vespasiano, ni es muy frecuente que a un Domiciano le sucedan un Nerva y un Trajano; pero la obra del patriota es buscarlos y señalar a las multitudes a los impostores para que la mentira no prospere ni se yerga la maldad. Es el fin principal de esta obra.

Hemos obedecido ciegamente treinta y tantos años, y hemos batallado sin descanso cuatro. Ha llegado el momento de pensar, de que reflexionemos, de que obremos conscientemente, de que, dejando a un lado nuestras personales ambiciones, sólo veamos a la Patria y sólo nos preocupemos de su bien. Para ello, debemos olvidar nuestras rencillas antiguas, fueron incidentes personales que debemos posponer ante un interés más grande, como es el interés de la Nación. Unámonos todos, reunámonos rodeando al Gobierno que tiene que surgir al derrumbarse la actual tiranía, hecho para mí indubitable; y cuando la revolución triunfe, pongamos a su servicio todas nuestras actividades, todas nuestras energías y todo nuestro amor a la Patria. Consagrémonos, no a dispu-

tarnos el Poder, sino a señalar que el único camino posible es el de la Justicia y el de la Verdad, que conducen directamente a la Libertad. Yo por mi parte, sé bien que al referir los hechos tales como han pasado, al dar este libro a la publicidad, voy a aumentar la falange de mis enemigos. Ello no me hace vacilar: gustoso entrego mi vida y mi honra políticas en sus manos. No me importa que urguen todo mi pasado y que me calumnien cuanto quieran. Al publicar esta obra, no he olvidado el verso de Terencio.

¡¡ Veritas odium parit !!

